

El sabor de la sangre

Tus fantasmas siempre te persiguen en las noches. Sobre todo en esas lluviosas, cuando no puedes mirar el camino que recorres y te sientas como niño perdido a pedir auxilio, pero nadie escucha, sólo se acerca ese fantasma doliente que te toma con sus manos rasposas. Intentas zafarte, te aprisiona, no hay escapatoria. Es un fantasma triste, de túnica sucia; está llorando sangre, sus lágrimas rojas recorren sus pálidas mejillas. Lo examinas minuciosamente, de repente, sin saber cómo, te encuentras lamiendo su cara. El sabor de la sangre te agrada, quisieras beber hasta la última gota. Él se asusta, suelta tus manos y desaparece entre la lluvia.

Despiertas aterrado, sacudes la cabeza con fuerza en un intento por alejarlo. Te levantas, no ha sido más que un sueño, sin embargo, no puedes sentirte aliviado, te das cuenta de que ese fantasma es parte de ti, que tú eres aquel que lamió su cara sin pudor. Ahora ese sueño forma parte de tu vida, de tu presente y pasado, pues lo has vivido intensamente.

Piensas que no puedes deshacerte de eso que te posee, que llevas dentro; no puedes luchar contra ti mismo. Te dan escalofríos. Te gustaría poder sentarte frente al televisor, dejarías que la imagen de aquel recuerdo tormentoso se fuera disolviendo entre publicidad y noticias.

Sudoroso te sientas a la orilla de la cama, temes volver a cerrar los ojos y encontrarte con aquel fantasma. Recuerdas sus manos rasposas; frotas las tuyas contra las sábanas para alejar esa sensación; comienzan a despellejarse; sigues frotándolas con más

fuerza, te gustaría raspar hasta los huesos, empapar las sábanas de sangre, comenzar a deshacerte, a desintegrarte.

Levantás las manos, las miras con atención y descubres que están intactas, no te será tan fácil desaparecer.

Recuerdas. El sabor de la sangre vuelve a tu boca, escupes un par de veces sobre el piso y de pronto te acuerdas que de niño te fascinaba ese sabor dulce, que te cortabas con cualquier cosa que tuvieras a la mano y chupabas las heridas hasta que dejaran de sangrar.

Tienes sed, tratas de tomar la botella de tequila que dejaste a un lado de tu cama. Tus manos torpes la dejan caer; se rompe, un pedazo de vidrio se incrusta en tu pie, empiezan a caer unas pequeñas gotas de color rojo. Levantas tu pie, lo hueles, lo examinas, miras las uñas negras y largas, sería difícil recordar la última vez que las cortaste. Desesperadamente empiezas a lamer la herida hasta que se queda seca; completamente desesperado muerdes tus uñas. Las saboreas, un poco agrias y amargas, pero la sensación de los cayos rasposos al rozar tus labios te devuelven a la imagen de aquel fantasma; lloras, escupes las uñas al piso.

Te preguntas a qué sabrá la sangre ajena. Te gustaría tener en tus labios ese sabor extraño. Encuentras una cucaracha que camina descuidada junto a tu pie, la tomas y la metes en **tu boca** esperando encontrar que te agrade. Su cuerpo truena entre tus dientes, pero ese sabor salado no es lo que tú deseas.

Esa era la última botella, no tienes tequila ni sangre, sientes que morirás de sed.

Después de delirar y sudar copiosamente el resto de la noche, sales a la calle. El sol apenas se asoma, quieres darte un respiro. Caminas despacio y trabajoso. En el parque

la gente corre. Prendes un cigarro, todos te miran. A nadie importa si fumas o bebes, si mueres, el mundo seguiría siendo el mismo. Podrías comprarte una botella de tequila para empezar el día y tratar de ahogar aquel sueño que no ha dejado de atormentarte.

Das otro jalón al cigarro, sostienes el humo, te quieres asfixiar, lo sueltas... Desgraciadamente sigues respirando, sin haber perdido un poco de vida.

Sientes unas terribles ganas de demostrarles que estás ahí. En cualquier momento podrías crear un caos para todos los que te rodean, para los que corren, los que duermen, los que aún no saben que existes. Te sabes poderoso.

De pronto olvidas cómo es que llegaste ahí, hasta ese parque donde la gente corre y te mira. No recuerdas que traes un cigarro prendido hasta que te quema, y aun así no lo sueltas, pues no sabes si el dolor que sientes es natural o es algo de lo que debas deshacerte. Hay tantas cosas que te molestan y que llevas auestas, que si trataras de quitarte cada una de ellas te quedarías vacío.

Tiras el cigarro ya apagado, chupas los dedos que lo sostenían y ese sabor entre nicotina y carne quemada te insita a buscar más sangre.

Alarmado, volteas a ver a los que te rodean, temes haber pensado en voz alta, pero te das cuenta que nadie te ha escuchado.

Una mujer joven pasa corriendo a tu lado, no te mira. Su indiferencia te molesta, te insulta. Te gustaría jalarla de los cabellos y morderle el cuello hasta que escurriera sangre.

Tus pensamientos te asustan, decides dejarla seguir su camino sin conocerte, sin conocer esa terrible parte de ti que llevas dentro, esa que aún no has revelado a nadie.

Respiras profundo, te acercas a una fuente y mojas tu cara un par de veces. Levantas el rostro escurriendo y antes de abrir los ojos ves claramente al fantasma que al igual que tú escurre. Quisieras que ese líquido se convirtiera en sangre, lames desesperadamente tus manos, pero no es más que agua.

¿Llegará el día en que te decidas a tomar la sangre de otro? Sabes que seguirás soñando lo mismo, hasta que ese sueño se cumpla, se transforme en realidad y deje de habitar en tus adentros.